

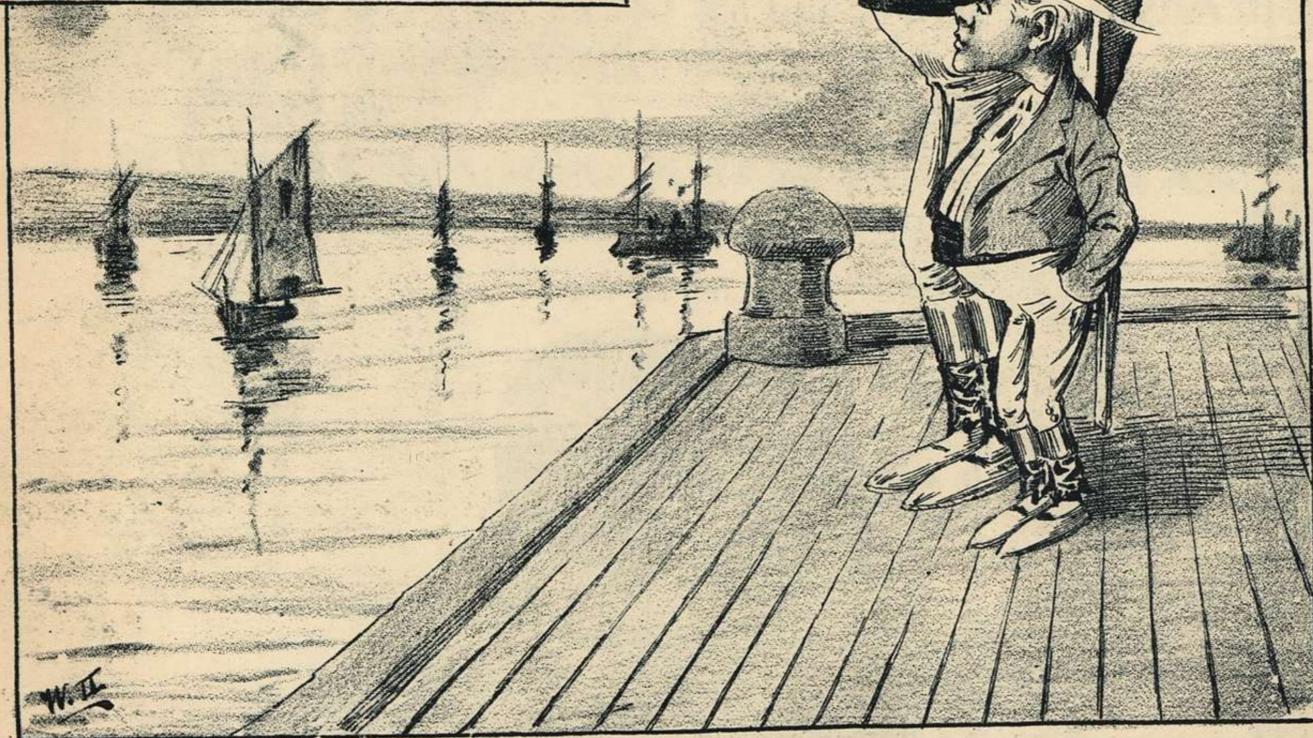


## SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag»—«El café», por J. Jackson Veyán—«Para Ellas», por Estrella Nevares—«El doctor Velez», por Miriam—«Teatros»—«El gallo salvador», por Bric-à-Brac—«Motín de viejas», por José Fernandez Bremón—«Correspondencia particular»—«Noblezas y villanías», por Angel Chaves—«La gracia ajena. La astronomía casera».

GRABADOS—Personajes célebres—Felipe el largo, por Wimplaine II.—«Para ellas», Retrato de la señorita de Hordeñana por A. Giménez—«Eseñas de «Dolores»..... y flatos», por Wimplaine II.—y varios intercalados en el texto por A. G. ménez.

Todo escrito que no lleve firma, pseudónimo ó señal al pie, pertenece al director de este semanario.



¡Oh, la carne, la carne!

Por algo la coloca el catecismo en el gremio de los enemigos del alma y del cuerpo. ¡Vaya si lo es! Desde la guisada en forma de carbonada indigesta que le echa á perder á uno el estómago si no lo gasta como el de D. Juan, que no parece sino que lo tiene hecho de cuero, hasta al *carne de gallina* que le recubre á uno el individuo en los grandes momentos de horror, la que más la que menos contribuye á hacernos desdichados por puro gusto.

Pero hagan ustedes caso del Catecismo ante las blancas carnes de las damas asistentes á Solis!

¡Válgame Dios, qué descotes lleva allí el sexo femenino!

Las bailarinas con los suyos parecen recatadísimas doncellas de convento al lado de las niñas de la *haute*.

Señorita hay que parece un *rosbeef* ambulante, tan crudita deja ver su envoltura carnal, y señora va que cualquiera toma por un tren de carne para aprovisionamiento de un batallón famélico.

En cambio otras parecen un sistema óseo peinado por Moussión y serían censurables sino fueran utilísimas para los aficionados á estudios fisiológicos.

Algunas dejan ya adivinar sin esfuerzo, al borde del descote, los encantos del bello vientre, y las más podían ser tachadas de mal educadas por el afán de dar la espalda á todo el teatro.

Porque la dán íntegra, sin mezquindades ni regateos, y muchos han satisfecho ya la curiosidad de saber si la mujer tiene una costilla más que el hombre desde el día de su creación.

A quien debe preocupar esto, pues que á los generosos padres y maridos no les preocupa, es á las modistas; porque de ello á la ruina, no hay más que un paso.

Como que con un poco más, vá á ser el traje de alta etiqueta la económica hoja de parra.

Y entónces se abaratarán los géneros y podremos vestirnos nosotros de terciopelo y brocado, con lo que estaremos hechiceros; siempre he creído que un pantalon de *peluche* verde ha de ser cosa muy *chic*.

Mientras tanto, ya podemos consolar-nos pensando que hemos tenido el placer de ver á toda la alta sociedad al natural.

Lo cual no tiene otro inconveniente que el de hacerle retirar á uno á su casa desvelado; cosa muy natural por lo del natural. Y por que allí nada se vela.

Pero en cambio siempre podremos felicitarnos de haber sido testigos en tan curioso espectáculo como es el de haber visto cada palco de Solis convertido en puesto de carne fresca conservada en *veloutine*.

\*\*

En el Brasil ha quebrado la casa Frias, con un pasivo de..... ¿de cuánto? de muchas miles de libras esterlinas. Y hago á ustedes gracia de la cifra por no asustarles de pronto. Pues según mis cortos alcances, infiero

que habrá dejado, lectores,  
(tanto más en estos días)  
eso de la casa Frias,  
fríos á los acreedores.

\*\*

Un colega ocupándose de no sé qué, colocó la ciudad de Stokolmo en el reino de Grecia, lo que no deja de ser un buen paseito á través de la Europa.

Y otro colega, para enmendar el error, le dió por domicilio á Dinamarca.

Hombre, pues no sé porqué no la trajeron para acá, donde nos hacen falta población y ciudades.

Si de todos modos anda dada á la vagancia, la ciudad esa...

Vamos; hay que reconocer que esto es colmo, de *adeveras*.

Pero como se trata de Estokolmo...

\*\*

El Miércoles se celebró en San Francisco el enlace de nuestro excelente amigo José León Ellauri.

Y bendijo la unión Monseñor De León. Un verdadero lujo de ferocidad.

\*\*

Pues, apenas acaba de abandonarnos el

señor Aves, inventor de una máquina para volar, ya nos comunica el telégrafo que el señor Herr, Lihiental ha volado en Berlin.

Va entrando en moda esto de los inventos volátiles,

Hay jente que se desvive por elevarse en los aires y no cejan sino cuando lo estirpa el porrazo.

Un señor me daba noticias de uno de estos que debió nacer con plumas.

—Era cajero de una casa de comercio, pero dedicaba sus ratos de ocio á la inspeccion de su máquina. Bueno; él parecía estar predestinado. Quien lo veía lo tomaba por un murciélago en *chaquet*. Finalmente terminó su aparato, y anunció que iba á volar. Efectivamente, voló.

—¿Con la máquina?

—No; con los fondos de la caja.

Por lo que toca al señor Herr. Lelhiental, dice el telegrama que despues de volar cierto trecho, un golpe de aire le echó abajo y quedó convertido en tortilla prusiana.

Agrega que el aparato quedó completamente destruido y que probablemente será imposible reconstruirlo porque el inventor se llevó á la tumba el secreto.

Esto sí que parece difícil.

Porque sí al caer, como dicen, se abrió la cabeza, es imposible que no se haya escapado el secreto que tenía dentro.

## EL CAFÉ

(Con permiso de Jackson Veyan dedicamos esta transcripción al doctor Visca por lo que ya saben ustedes. Reservándonos dedicar la respuesta, que irá en el próximo número, del General Estevan por lo que también saben ustedes.)

Bien haya aquella mañana  
en que desde tierra hispana,  
buscando tierra distinta,  
salieron al mar la *Pinta*,  
la *Niña* y la *Capitana*.

Bien hayan los vendavales  
que empujando blancas velas,  
con rugidos infernales  
llevaron las carabelas  
á tierra de cafetales.

¡Bien haya la gloria santa  
del que logró dicha tanta!  
¡Fijar su *planta* atrevida  
sobre aquella *nueva planta*  
detrás del mar escondida!

Dios bendiga al que cogió  
en su mano el primer grano  
y en el fuego le tostó,  
y al estrujarlo en su mano  
el perfume recibió.

Dios premie al buen cocinero  
de española ó de India raza  
que lo escaldó en un puchero  
y lo coló en una taza  
y se lo sorbió el primero.

Sublime despertador  
del ingenio creador  
y la rica fantasía;  
sin el café ¿qué sería  
de este valle de dolor?

¿Qué digestión hay completa  
como café no le des  
á una barriga repleta?  
¿Y por qué come un poeta?  
¡Por tomar café despues!

A no haber ese aliciente  
¿qué mortal se tragaría  
el cocido diariamente...?  
¡Sin café no comería  
una persona decente!

Cuando pensáis y escribís  
la inspiración recibís  
del café: ¡claro se vé!  
Pues qué es la *materia gris*  
sino vesos con café?

Avanza la noche oscura!  
es tarde, el trabajo apura  
y en blanco mucho papel  
¿Hay sueño? Pues duro en él  
La reacción es segura.

La maquinilla al instante:  
el espíritu ondulante

preparando la infusión;  
!La taza, el café sumeante,  
y á sorber la inspiración!

Del café tan prohibido  
los médicos no se espantan,  
y en su noble cometido,  
con café y cognac levantan  
al enfermo alicaído.

Aviva el entendimiento  
y anima al adormilado.  
Sin ese descubrimiento  
acaso más de un talento  
no se hubiera despertado.

Cólon é America fué,  
lleno de ardorosa fé,  
no á conquistar tierra y jente  
¡fué á América solamente  
por descubrir el café!

J. JACKSON VERGAN.

## PARA ELLAS



Sin contar con una jaqueca traidora que me hizo víctima anoche, hoy me encuentro con ganas de contar á ustedes cosas curiosas ya que no estoy, como ustedes lo comprenderán, para charlas de lo-quilla.

De ahí que, no teniendo hoy cabeza, porque no la tengo, consideré único remedio valerme de los pies para distraer á ustedes.

Si, de los pies.

También tienen sus cosas interesantes, aunque parezca prosaico ocuparse de ellos.

Un zapatero parisiense que cuenta entre sus clientes á las reinas de muchas nacionalidades, ha dado su opinión sobre los pies del sexo femenino de los diferentes países.

Asevera que las señoras de Madrid usan los botines más pequeños; luego vienen las peruanas y chilenas. También dice que las americanas son notables por sus pies delicados, y por el cuidado que á ellos dedican.

Según el mismo, las rusas tienen los pies anchos y pesados y el tamaño más chico conocido entre ellas es el número cinco.

La Emperatriz de Austria precisa un zapato largo y angosto.

La Emperatriz Eugenia tiene un pie hermosamente modelado, con un empeine excesivamente alto y usa un número cinco, pequeño.

La reina de España tiene los pies muy grandes y tan chatos, que siempre se coloca un pequeño relleno encima del empeine.

La reina de Italia es estremadamente difícil de complacerla en cuanto á su calzado. Es amiga de tacos completamente lisos y puntas cuadradas, y siempre insiste en que se le hagan botines un número más grande para su propia comodidad.

Las señoras inglesas usan botines y zapatos hechos toscamente, por regla general, y se cuidan menos de la apariencia de los pies que lo que lo hacen las señoras de otras nacionalidades.

\*\*

Y vaya de curiosidades.

Hay un cierto mérito en la manía de los coleccionistas de objetos raros y artísticos, porque con el tiempo puede aumentarse enormemente el valor



DE FOT<sup>MA</sup> Fitz Patrick

Herrera  
1896

de sus acumulaciones si han sido adquiridas con discreción.

Menos fácil es apreciar el entusiasmo de aquellos coleccionistas, entre ellos hay muchas personas eminentes—que almacenan toda clase de insignificancias, por ejemplo, pipas de espuma de mar, anteojos, copas de metal, paraguas y hasta cuellos de papel, y se deleitan en estos tesoros.

En algunos casos—como, por ejemplo, aquel de los ídolos paganos, es de creerse que la fealdad constituye una atracción positiva—Casi parece que la manía coleccionista fuera inherente á la raza humana y solo precisara que se le despertase para ponerse en plena actividad.

Ejemplo de la curiosa forma que á veces asume ese instinto es el de la señora de Hawas que dejó en testamento á su hija la colección más grande conocida de tetéras extravagantes.

Había llegado á reunir unas 300 muestras de estos objetos.

El presidente Faure tiene su manía también, como un amigo mío, que no duerme ni come, sino consigue el autógrafa de algún personaje varón ó mujer, civilizado ó salvaje. Mr. Faure es coleccionis-

ta de autógrafos. Hace algún tiempo que dió principio á su tarea, y ha aumentado el valor de su colección considerablemente desde que llegó á ser presidente de la República Francesa. Ha adquirido muestra de la letra de casi todos los reyes, reinas y emperadores que hay sobre la tierra. Es muy valiosa también su colección de firmas de autores é inventores notables.

También los personajes reales tienen su manía coleccionista. La duquesa de Connaught que es muy competente en encajes, tiene una magnífica colección de ellos.

La reina de Italia tiene pasión por los botines viejos. No los desechos pobres de gente vulgar, entendiéndose bien, sino los restos pedicuros de personajes históricos. Posee un zapato que era propiedad de María, reina de los escoceses. y otro de María Antonieta.

Confesemos que S. M. Margarita de Saboya tiene mal gusto.

Eso de coleccionar restos pedicuros....  
¡Son tan horribles los botines viejos!

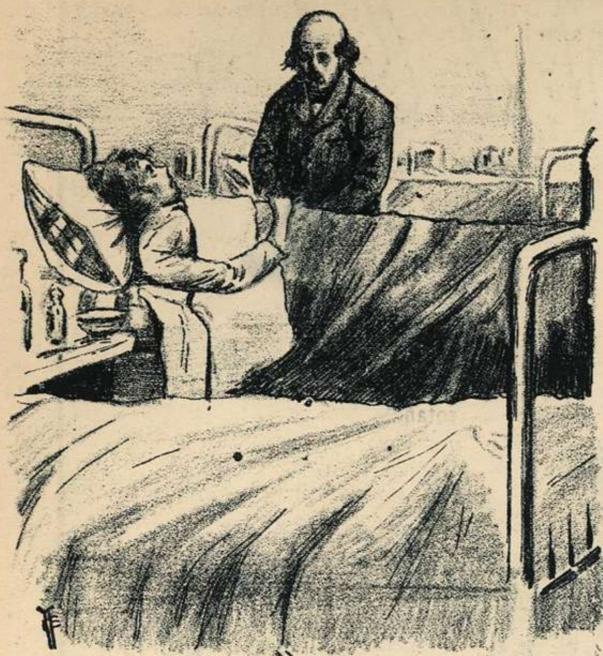
ESTRELLA NEVARES.

# ESCENA DE "DOLORS"..... Y FLATOS



—Dí que es verdad que me llamas,  
dí que es verdad que no sueño,  
que de tu amor soy el dueño,  
dilo, Juan, dilo por Dios!

Dí que es verdad que me amas,  
que nuestro vientre lo quiso;  
dilo y será un paraíso  
el país para los dos.



## El doctor Velez

Al entrar el doctor Velez en la sala, la hermana de servicio salió á su encuentro

—«¿Nada nuevo, hermana?»

—«Sí, doctor. una enferma en la cama número 19.»

—«Bueno, vamos.»

Hizo una señal á un practicante y los tres se dirigieron á un extremo de la sala. Al llegar á la penúltima cama se detuvieron y el doctor sólo con una mirada se dió cuenta del crítico estado de la enferma.

—«Caso perdido,» dijo en voz baja á la hermana mientras se alejaba; «vivirá tal vez el día de mañana. Tísis galopante.»

Al retirarse miró á la enferma, y de pronto despedido su interés, retrocedió los pasos que había andado y se puso á observarla.

La enferma era casi una criatura: 16 á 17 años á lo más. Delgadísima, con el pecho hundido, levantado penosamente por la respiración rapidísima y angustiada; los labios verdosos, entreabiertos, aspirando desesperadamente el aire que le faltaba; las alas de la nariz pálidas y dilatadas por el esfuerzo de todo su ser que pedía aire; las mejillas hundidas con las manchas características de la enfermedad; daba lástima!

Sólo la parte superior del rostro conservaba una placidez, una calma indecibles.

El doctor al contemplarla se quedó pensativo: ¿dónde había visto él un rostro parecido?

Esa frente de líneas puras, esa raya de la raíz del pelo tan perfecta, la nariz aristocrática, y sobre todo esos ojos inmensos, de un azul tan oscuro que parecía violeta, de pupila tan dilatada que parecían negros; no le eran desconocidos, al contrario, creía conocerlos íntimamente. Más los miraba más se convencía de ello.

—«¿Qué edad tiene?» le preguntó.

—«Diez y siete años,» contestó con voz ruda y bronca que contrastaba horriblemente con ese cuerpo tan joven y tan endeble.

—«¿Profesión?»

La muchacha miró al doctor con descaro, y riéndose cínicamente: —«Labores de mi sexo,» contestó. El practicante sonrió del chiste grosero, mientras la hermana bajaba la vista. El doctor contristado se alejó.

De 38 años, de aventajada figura, era el doctor Velez, hombre de saber y de estudio. En el apogeo de la fama y de la fortuna, vivía con su madre á quien adoraba, y á la que había dedicado su vida, en pago de las amarguras que le había ocasionado durante los primeros años de su juventud.

Este hombre tenía en su vida tres años que hubiera querido borrar con su sangre toda. Tres años de desórdenes y locuras, de vicio vergonzoso cuyo recuerdo le hacía aún subir el rubor al rostro, y que habían hecho encanecer la hermosa cabeza de su madre.

Cuando volvió en sí de su desvarío y se apercibió de los surcos que las lágrimas habían impreso en su rostro querido, se avergonzó y se prometió borrarlos á fuerza de cariño y de arrepentimiento. Como era hombre de energía y voluntad, rompió con su vida desordenada y se dedicó al estudio, consiguiendo borrar, como se había propuesto, los rastros dolorosos de las lágrimas que ya no corrían, pero esos cabellos blancos, á los que no podía devolver el color, lo llenaban de remordimiento.

En todo esto pensaba al retirarse á su casa, entristecido por el recuerdo de esa pobre muchacha perdida, que había dejado muriéndose allá en el hospital; y cuando al recibir de su madre el beso acostumbrado alzó los ojos para sonreírle, retrocedió atónito: esa frente tan pura, esa adorable línea de la raíz del cabello, esos ojos azules de pupila dilatada, eran idénticos á los que acababa de ver en la cama núm. 19 de una sala de mujeres del hospital.

Al día siguiente la primer pregunta del doctor á la hermana de servicio fué: —«¿Qué noche pasó el número 19?»

—«Malísima: ha tosido toda la noche y tuvo dos vómitos de sangre.»

Al acercarse á la cama, la enferma lo miró sonriente, —«Digame doctor; me estoy muriendo, ¿verdad?» Y como iba á contestar: —«No me diga nada; dijo—ya sé que me va á engañar. Por cierto que no tiene por qué. ¡Si supiera lo poco que me importa!»

Un acceso de tos le cortó la palabra. Tosió, tosío, sacudiéndose toda un rato largo, y cuando se hubo calmado el acceso, quedó livida, extenuada, tirada sobre la almohada, respirando rápidamente como un pobre pájaro enfermo.

Su boca sensual, de expresión cínica y desesperada, dejaba adivinar lo que sufría.

—«Ya sé que me muero,» continuó al cabo de un rato, «y estoy contenta. Por fin voy á descansar, á dormir tranquila. ¡Si supiera qué cansada estoy!»

—«¿No tiene usted parientes que quisiera ver?»

—«No tengo á nadie, felizmente. ¿Parientes?»

«¿Acaso los tenemos nosotras? Mi madre murió cuando yo tenía ocho años. Era... como yo, y murió como yo. Tosía, tosía siempre. Después anduve de un lado á otro, muchas veces sin tener de qué comer, ni vestir, descalza, en la calle... ¿Qué años aquellos! Cuando tuve catorce años... ¡Bah! ¿Por qué le digo todo esto? A usted no le importa, ni á mí tampoco, ahora que me muero contenta de dejar esta vida asquerosa que me ahoga.»

Se calló, extenuada. En los labios lividos brotaba una espuma rojiza, sus ojos hundidos, quemados por la fiebre, resplandecían.

—«¿Y su padre?»

Se puso á reír. —«Mi padre, ah! sí. Hablemos de él. Digame, doctor; usted cree que los hombres cuando se entregan á sus placeres saben lo que hacen? ¿Usted cree que mi padre pensó en lo que hacía al darme la vida y abandonarme en manos de una mujer como mi madre, para nacer, vivir, crecer en medio del vicio, y por consiguiente no poder ser otra cosa que lo que soy... una perdida? Yo no sé, pero me parece que yo no tengo la culpa sino él. ¿Qué sabía yo? No había visto otra cosa; no conocía otra vida, y naturalmente, hice como las demás. Cuando llegué á pensar en todas estas cosas, era tarde. Pero ahora que me estoy muriendo quisiera verlo á mi padre, y poder saber decirle todo lo que he sufrido por su culpa, envilecida, maltratada, asquerosa, en esa basura que él, y los que son como él, amontonaron al rededor mio...»

Otro acceso de tos la interrumpió, y pasaron unos minutos antes que pudiera seguir hablando.

—«Ah! si pudiese escupirle al rostro mi rencor!» Y luego, cerrando los ojos, extenuada, agregó:

—«No lo conozco, pero me acuerdo de su nombre porque siempre me hizo gracia; se llamaba Periquito Velez. Era estudiante en medicina.»

El doctor palideció. Sintió erizarse el pelo. ¡Periquito Velez! Ese nombre le daban sus compañeros de locuras en aquella época terrible de desórdenes. Y esa prostituta que le estaba hablando, ¡horror! era su hija!

Mudo de espanto, contempló ese rostro acusador tan parecido al de su madre.

En ese momento la hermana se acercó.

—«Doctor,» - dijo - «una nueva enferma, caso urgente.» Y como no contestara el doctor que no la había oído, repitió alzando la voz: «Doctor Velez!»

La enferma se enderezó bruscamente y miró al doctor. Largo rato lo tuvo, así, temblando bajo su mirada.

—«¿Cómo!» - dijo por fin. —«Periquito Velez, estudiante en medicina... el doctor Velez... Y yo que deseaba ver á mi padre antes de morir... ¿Entonces...?»

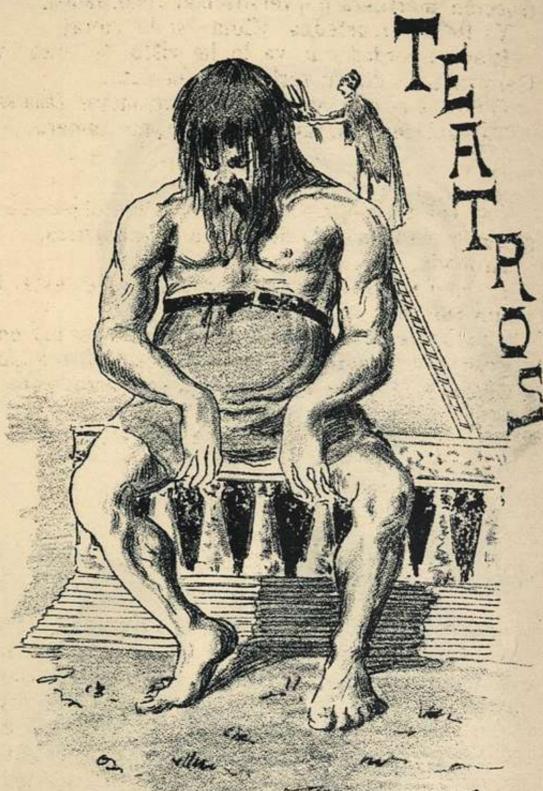
La interrumpió un acceso de tos que la ahogaba, la retorció feroz, hasta que un hilo de sangre saltó de su boca desfigurada y fué aumentando con cada esfuerzo de la tos, y un vómito horrible, espumante, arrastrando fragmentos del pulmón, anunció la llegada de la muerte.

Sus ojos se apagaban. Sus dedos crispados se agarraban á la sábana. Echada de espaldas, ya no tosía, pero el hilo de sangre, abriéndose paso por entre sus labios inertes, corría siempre.

De pronto abrió desmesuradamente los ojos, asustada, y vió al doctor inclinado sobre ella y sonrió. Una sonrisa inocente, casi angelical, pálido reflejo de lo que hubiera podido ser esa pobre cria-

tura si hubiera nacido en otro medio, y alzando en un estertor su pobre pecho, exaló su último aliento murmurando con ternura infinita: «¡Papá!»

MIRIAM



REPERTORIO Cómico

SANSONE E DALILA

¡Diablo de duque de los Abruzzos! Algún recuerdo nos había de dejar á los que no participamos de los banquetes no presupuestados, aunque presupuestados con que le obsequiamos por intermedio de nuestro buen Don Juan.

Al duque, que es hombre de buen gusto, le dió el antojo de oír *Mefistófeles*, y, naturalmente, el antojo de S. A. fué enseguida satisfecho, y *Mefistófeles* subió á la escena el domingo.

Pero ¿qué resultó? Que el duque, aunque se preocupó de que lo dieran, maldito si se preocupó de que lo ensayaran.

Y de ahí que los benévolos concurrentes, á guisa de consuelo, se echaran á decir que Demarchi no estaba en su noche, aunque la noche era como todas las demás, tan mejor como cualquier otra.

La verdad es que Fausto parecía más cansado que de costumbre, y no lo entusiasmaban *mayormente* ni Margarita ni Elena; bien es verdad que, como decía uno del paraíso, sin duda conoció que las dos eran una misma y no estaba dispuesto á que *Mefistófeles* lo tomara de *misto*.

La Darclée estuvo encantadora en el jardín y daba gusto ver el afecto que le hacían las cosquillas.

Y apropósito; las cosquillas fué algo de lo que hizo muy bien De Marchi.

Ercolani nos presentó un *Mefistófeles* lo bastante inseguro para que todos comprendiéramos que el diablo en la tierra, en noche de invierno y oficio de Celestina no puede hallarse muy á gusto.

Eso sí; la orquesta estuvo soberbia en el monumental prólogo.

Pero es necesario que *Mefistófeles* se dé otra vez aunque sea sin duque.

El martes se repitió *Aida*.

Y basta con esto; porque lo dicho sobre la primera representación le viene pintadito á la segunda. ¡Parece que hubiéramos adivinado!

Tamagno fué aplaudidísimo en el *duo* famoso. La Darclée *idem* en el *idem idem*. Cámara en la frase que han repetido todos los diarios por variar, y la presentación escénica admirada en todos los actos.

Porque, ¡cuidado que tiene preciosas decoraciones este Ferrari!

Y presenta nnas comparsas que deben hacer pensar á Granada lo difícil que sería hacer el censo del Egipto, en aquellos tiempos de Radamés y Limonta. ¡Choque usted ahí, Cav.!

(El Sr. Ferrari es Cav., como Bernabei es Gomm.)

Un sábado feriado me impide escribir sobre *Sanson* y *Dalila*, que se estrenó el jueves.

Lo siento tanto por Vds. y por el pobre Saint-Saëns, autor de la obra, que lo estaría esperando tan ansioso...

Pero ¿qué hacerle?



Por la misma razón, agravada en veinticuatro ho-



## Noblezas y villanías

(COSAS DE DOS SIGLOS HÁ)

## I

Jubón acuchillado  
cuello de espuma,  
lagarto rojo al pecho,  
capa de puntas;  
daga de muchos ganchos  
á la cintura,  
espada en tiros cortos,  
castor con pluma,  
cierta mañana  
por la calle de Francos  
un galán baja.

El justillo ceñido,  
blancas las tocas,  
las medias encarnadas,  
la saya corta,  
rematando las trenzas  
en dos colonias,  
por zarcillos corales,  
al cuello aljófár,  
una villana  
por la calle de Francos  
tranquila baja.

Requiebro y ternezas,  
quejas y celos,  
lágrimas y sollozos,  
risas y besos;  
un «¿serás mi marido?»  
y un «lo prometo»,  
precedido el segundo  
de un juramento,  
escuchó alguien  
que de Francos ligero  
cruzó la calle.

## II

Dicen bien los que dicen  
que el importuno  
más tarde ó más temprano  
saca mendrugo;  
y como aquel que empieza  
pidiendo mucho,  
si no lo logra todo,  
hace algo suyo,  
cuenta la fama  
que algo logró el hidalgo  
de la villana.

Y no debió, por cierto,  
ser cosa leve  
lo que el feliz amante  
debió á la suerte,  
puesto que, haciendo al postre  
lo que hace siempre  
el que, su fin logrado,  
se va y no vuelve,  
la pobre niña  
en lágrimas amargas  
trocó sus risas.

## III

Despreciada de todos,  
triste y medrosa,  
la vergüenza ocultando  
bajo las tocas,  
encendidos los ojos,  
muda la boca,  
sin colonias al pelo  
ni al cuello aljófár,  
flor deshojada,  
por la calle de Francos  
va una villana.

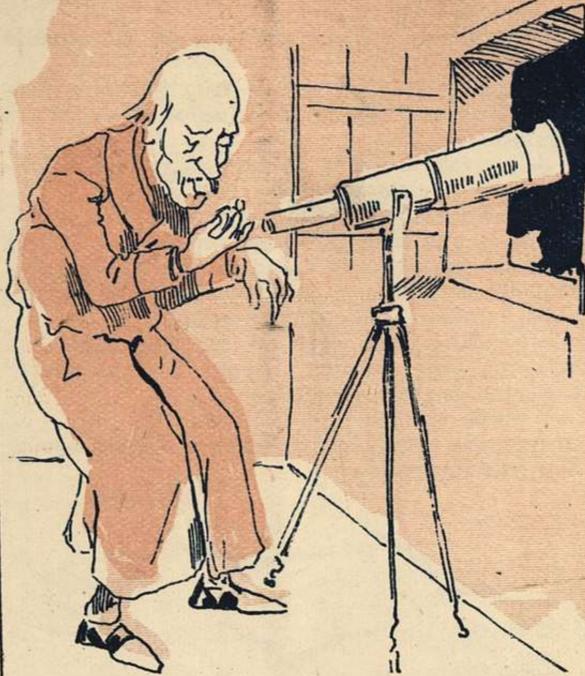
Mucho airón en el fieltro,  
muchas espuelas,  
muchas puntas de Flandes  
en la gorguera,  
logrando su apostura  
que por él sientan  
envidia los galanes,  
amor las hembras,  
ya sin mirarla,  
un hidalgo se cruza  
con la villana.

Y cuentan que hubo alguno  
que desde lejos,  
viendo á la pobre niña  
y al caballero,  
se preguntó con pena,  
lanzando á un tiempo  
una sonrisa amarga  
y un juramento:  
«Diga el que quiera:  
¿cuál es la villanía?  
¿cuál la nobleza?»

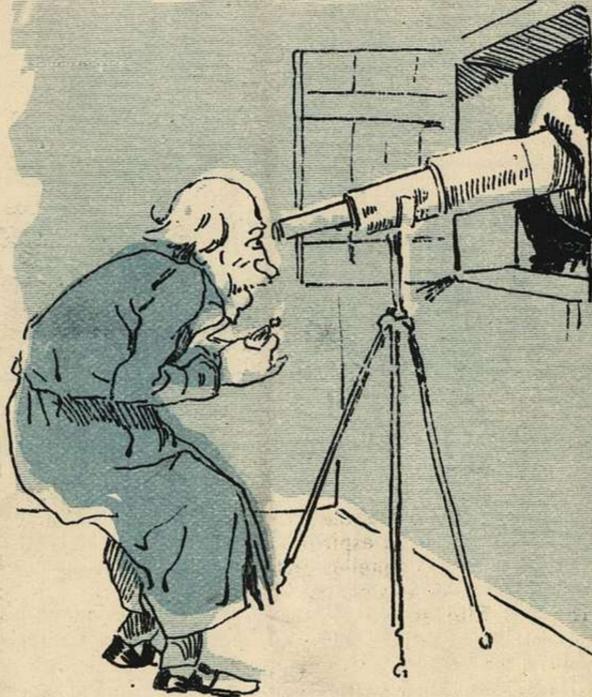
ANGEL R. CHAVES.

## La gracia ajena

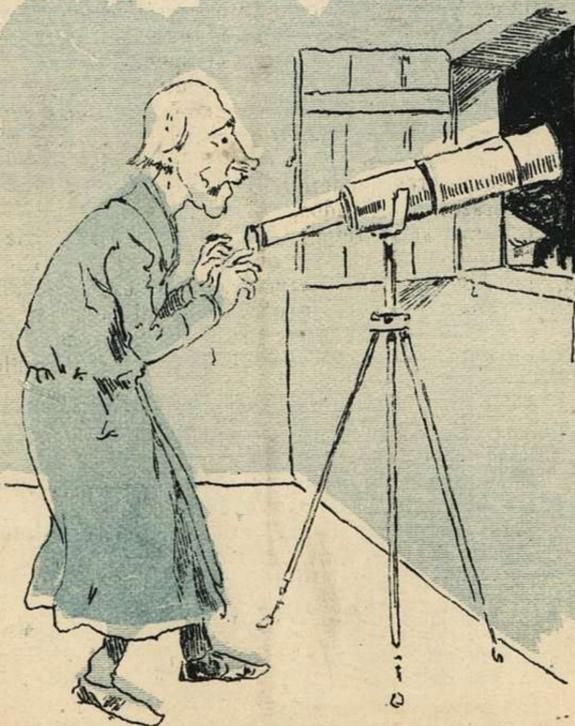
ASTRONOMÍA CASERA



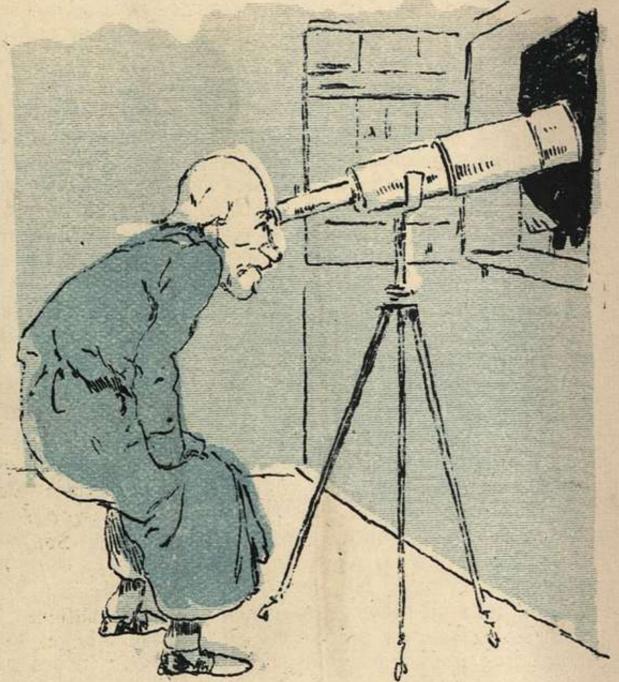
—A las doce y diez debe pasar el cometa por este punto del horizonte. Si no pasa, es que se ha desviado en su marcha y vendrá el desequilibrio universal.... y la más espantosa de las catástrofes.



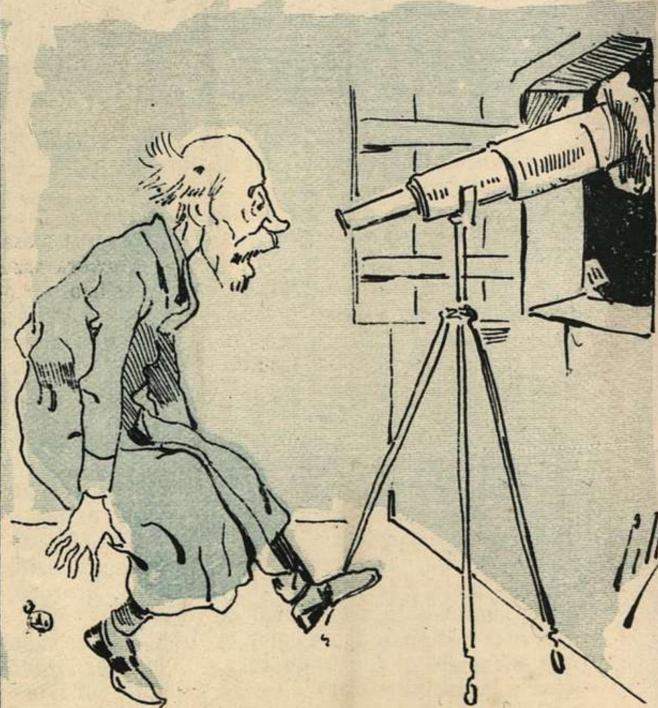
—Justo; ya está perfectamente enfilado. Ahora, á esperar la hora marcada.



—Las doce y ocho minutos..... ¡Cómo me palpita el corazón!



—Las doce y diez. ¡Nada! no se ve nada. ¡Dios mío! ¡Tened piedad de nosotros!



—¡Cinco segundos más! Ahora debe venir el choque. Creo en Dios padre, en Dios hijo y en Dios Espíritu santo.